

Villoro: un verdadero cronista deportivo

Guillermo Zuluaga Ceballos

Juan Villoro. *Dios es redondo*. Bogotá: Planeta, 2006. 223 páginas.

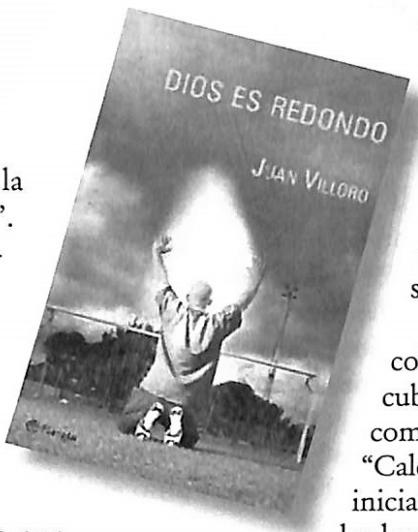
“El juego sucede dos veces, en la cancha y en la mente del público”. Con esta sentencia el escritor mexicano Juan Villoro inicia su obra *Dios es redondo*, en la que recrea aspectos que giran en torno al más popular de los deportes.

No es la primera vez que se aventura a pisar este campo de juego; si bien es uno de los más prolíficos escritores contemporáneos, aunque muy desconocido en nuestro medio, Villoro es un narrador premiado y reconocido por su decena de libros, entre los que sobresalen tres novelas, antologías de cuentos, literatura infantil y ensayos. Pero no por su fecundidad literaria puede afirmarse que está en fuera de lugar cuando trata de abordar esta temática. Al contrario, uno de sus referentes es el fútbol, pocos como él han intentado desentrañar esa magia que encierra. Lo ha desnudado en todos sus terrenos y desde muy diversos puntos de vista.

Alguna vez dijo Hemingway que se escribe de lo que se conoce, y basta leer alguno de sus escritos para entender que este autor conoce como pocos la pasión por el balompié. Villoro escribe de fútbol porque lo ha disfrutado y lo ha padecido: en tanto hincha y jugador –como él lo desvela– no fue muy afortunado, pero esas frustraciones son compensadas con la maestría con que juega a escribir sobre él.

A Villoro lo conocí gracias a la antología de relatos *La casa pierde* (Alfaguara, 1999), una obra que se siente cercana y propia, donde las dudas y las más profundas ambivalencias humanas son las protagonistas. Y allí, perdido entre esos relatos contemporáneos, está *Extremo fantasma*, el mejor cuento de fútbol que haya leído hasta ahora, texto que me llevó a comprender que este cronista sabía de lo que escribía. Luego me acerqué a su libro *Los once de la tribu* (Aguilar, 1995), cuyo nombre ya es una afrenta y a la vez una invitación para querer ahondar más en el tema del balompié. En esta obra Villoro comparte desde el periodismo, la historia y la sociología un viaje por el fútbol desde sus orígenes prehispánicos hasta el fenómeno de multitudes que actualmente conocemos.

En la Feria del Libro en Bogotá este año, presentó *Dios es redondo*, su última obra, una antología de textos sobre fútbol. En su “calentamiento”, Villoro se asume como “cronista” y explica las búsquedas



que lo llevaron a escribir sobre este deporte. “*Dios es redondo* es una exploración narrativa de las pasiones que suscita”.

El título fue el mismo que llevó su columna en el periódico *La Jornada*, cuando cubrió el Mundial Francia 98. Su contenido, como si fuera un partido de liguilla, luego del “Calentamiento”, entre dos “Silbatazos”, uno inicial y otro final, arranca un recorrido por los lugares, los personajes, los acontecimientos y los espacios que rodean esta práctica.

Una de las características de esta antología es que si bien parte de su experiencia mexicana, su propuesta es muy universal. En tal sentido, esa mirada a largo plazo lo lleva hasta el inhóspito y enigmático fútbol africano, para expresar en el silbatazo inicial, que “las ligas y los mundiales crean una ilusión de regularidad, prometen la dicha a plazos”, y por ello se entiende por qué empieza hablando de África, continente que según él, “ha legado un rasgo esencial de la pasión futbolística: la espera”, y al que muchos, entre ellos Pelé, consideran será el futuro del balompié orbital.

En “Campeón de invierno” narra sus frustraciones como jugador. “Supe a los 16 que sólo anotaría en el Maracaná cuando estuviera dormido”. Y como hincha: “Dios es redondo pero casi nunca le va al Necaxa”. El equipo de barrio durante sus mocedades perdió a un eximio suplente y el Necaxa mexicano ha perdido a uno de sus preclaros seguidores, pero por fortuna el fútbol y la literatura ha ganado un excelente cronista y un observador implacable.

Esas anécdotas y esa forma de narrar tan propias de este mexicano son realmente la excusa para ahondar en uno de los misterios que cautivan multitudes: la representatividad. Según este autor, los equipos de fútbol son más que once jugadores, y se convierten en la idea de pertenencia, instalándose en la mente y en la idiosincrasia de sus seguidores. “Elegir un equipo es elegir cómo transcurren los domingos”.

El viaje por este deporte lo conduce a los nacionalismos, la violencia, los vandalismos. Con provocaciones como aquello de que alguien del gobierno argentino tras el 6-0 en el Mundial 78, expresó que “cuando no hay objetivos políticos suele ganar el mejor” y “el mejor entrenador del (Real) Madrid fue el Gobierno, según dijo un dirigente del Barcelona”.

Villoro durante gran parte de la obra desnuda esa extraña y peligrosa relación entre fútbol, dinero y política. Pero además analiza el fútbol como fenómeno social. Se juega como se vive, suele decirse. El fútbol representa el alma de las naciones, y en palabras de Villoro, "Hay que haber sufrido lo suficiente para tener ganas de patear al arco".

Recurre a la historia para afirmarlo y dice que difícilmente Holanda ganará un Mundial, pues nunca ha sufrido, en contraste por ejemplo con Alemania que en el Mundial del 74 "estuvo apoyada por las sombras largas de los muchos que sufrieron en su nombre".

En el texto "Ventajas estéticas de la derrota" aparece el nombre de Colombia, la "Coreográfica amenaza" durante los primeros años de la década de 1990. Dice que los colombianos -como si hablara de todo un país- somos "Maestros del extravío y (pusimos) en escena las virtudes que sólo son posibles sin rebajarse a tener éxito".

El libro es una suerte de sentencias, de datos y de frases que hacen ver la magnitud de esta práctica deportiva en nuestro tiempo. Pero contrario a muchos libros llenos de pensamientos elaborados de otros autores, Villoro argumenta desde su experiencia, y con maestría va soltando, como con un gotero, anécdotas, vivencias y analogías que ayudan a entender este fervor masivo.

Llama al fútbol la pasión fingida y cuestiona que el mundo del fútbol "se encuentra en estado de demencia financiera". No de otra forma -argumenta- se explican los 125 millones de dólares pagados por el traspaso al Madrid de Zidane y Figo. "Esa cantidad basta para abrir una honesta fábrica de lavadoras con mil empleados o mejorarle la dieta básica al depredado Afganistán", comenta.

Si bien trata de no mostrarse nostálgico y romántico, cuestiona duramente el fútbol que se tornó en negocio y espectáculo. "El Real Madrid se convirtió en un equipo para turistas japoneses y chicas dispuestas a admirar a los jugadores sin necesidad de entender en qué consiste un fuera de lugar".

Una de las características que hacen indispensable esta obra a la hora de hablar del balompié es que no está cargada de excesivas subjetividades. A diferencia de anteriores libros sobre fútbol que llevan cierta ideología, a favor o en contra, la única de Villoro parece ser convencernos sobre la importancia y extravagancia de este deporte, pero sin sesgos, sólo buscando atrapar la atención del lector, lo mismo que si estuviera disfrutando los minutos finales de un campeonato mundial.

El fútbol en Villoro no es ni la quintaesencia de la modernidad, ni tampoco el opio del pueblo; su única búsqueda es descifrar el interés por el juego, no el juego, y él no se da demasiados afanes por demostrar lo indemostrable. "La atracción del fútbol depende de su renovada capacidad de hacerse incomprensible".

Incomprensible como son sus ídolos. En este recorrido no podían faltar los nombres de quienes realmente alimentan la pasión domingo a domingo: los jugadores, los verdaderos protagonistas de este deporte. Tampoco a ellos trata de explicarlos, sólo los muestra, aunque aparecen con otras definiciones. Habla por ejemplo del "Hipermediático Beckham", que cotiza "más por su aspecto que por sus resultados".

Se burla de su compatriota Cuahutemoc Blanco. "Le falta cuello y pisa el césped como lo haría un pato".

Detiene largamente la mirada en el medio campo colombiano para afirmar de Valderrama, que "su calma era cuestión de principios".

Conversa con Valdano, "quien representa la posibilidad de jugar al fútbol desde la palabra", a quien le pone en boca unas palabras que le sabrían a miel entre sus propios labios: "Maradona es un negocio muy grande".

De su mirada implacable parece no salvarse sino el delantero italiano Francesco Totti, a quien llama "el último sedentario", pues en esta guerra de transacciones -asunto extraño- no ha querido fichar para otro que no sea la Roma.

La universalidad de su obra lo lleva por los espacios míticos del balompié, esos que generan lo que Valdano ha llamado "miedo escénico": visita los fantasmas del Maracaná, pasa por el césped de la Bombonera, va al Monumental de Nuñez, se pasea por el Azteca, viaja del Camp Nou al Santiago Bernabéu; pero igual, en su búsqueda va a esos lugares sin tradición pero que empiezan a enrutar los capitales económicos: Norteamérica, Japón y Corea. Igualmente, asume que "el fútbol millonario vuelve a encontrar remedio entre los pobres" y viaja a la semilla y camina por los áridos desiertos del África, por las favelas brasileñas, por las villasmiseria argentinas, por las olvidadas tierras argelinas...

Dice el editor: "Dios es redondo explora las supersticiones, los ritos y los mitos que han convertido a los estadios en catedrales, a los jugadores en apóstoles y a los árbitros en ángeles del infierno investidos del poder de quebrar la esperanza o desatar una vanidosa crueldad". Y agrega que éste es un libro "para los fanáticos de las canchas y para los ateos descreídos que juran que nunca verán un partido de fútbol pero viven deseosos de entender el delirio de lo fieles".

Claro, mientras sigamos asistiendo al resumen refrito de goles y de entrevistas huertas que a diario nos entregan los medios, seguirá habiendo descreídos; al contrario, leyendo a Villoro con esa visión de la verdadera "crónica deportiva", cargada de anécdotas, de inteligentes analogías, llena de colores y de ambientes, de sentencias profundas, seremos más y más los que en un futuro cercano tendremos un balón por cabeza y rendiremos tributo incuestionable a nuestra esférica deidad.